

Soviépica

[LENGUA DE MERCURIO]



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2025

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Víctor Andresco, 2025

Imagen de cubierta: *¡Viva el 8 de marzo, Día Comunista Internacional de la Mujer!*, cartel soviético de 1926

IBIC: FA | Thema: FBA

ISBN: 979-13-87599-26-3

Depósito legal: M-22464-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Soviépica

[LENGUA DE MERCURIO]

Víctor Andresco



Índice

I. CAPITAL DE LA GLORIA	13
El ruso de Simago	15
A veces, gran amor	19
El origen del mundo	23
Aibolit	29
Las almas muertas	33
Del pasado hay que hacer añicos	37
Viajes al Paraíso	41
Enero sin nombre	47
Lo cortés y lo Cuauhtémoc	53
Amanecer rojo	59
¡Viva la Prepa!	63
Moscú no cree en las lágrimas	69
La sagrada familia	77
Un héroe de nuestro tiempo	85
Humo	93
Filología recreativa	97
El hombre invisible	101
Lo nuevo y lo viejo	105
La tasa Tarkovski	111
Queda la música	117
Negro en Moscú	123

Pequeña Vera, Gran Vero	127
Momentos Faraday	133
Madrid-Berlín-Moscú	139
Las palabras del bosque	145
Soviépica	149
Ratas y galgos	153
Doctora Paronián	157
Los visitantes	161
Invierno verde, invierno blanco	165
Sobre héroes y tumbas	171
Noches negras, abedules blancos	175
Glorieta de Embajadores	179
Los heraldos negros	185
II. POR LA CINTURA CÓSMICA DE MINSK	189
El nombre de las cosas	191
Grafología creativa	199
El corazón de Europa	203
III. PUERTO DE CINCO MARES	207
La casa de los abuelos	209
Ivanov	213
Los espacios vacíos	221
Kvartira 40	225
Mil caballos de espuma	233
Soviestistán	237
Amorosas crueldades	245
Resurrección	249
La virgen y el pez	253
Volver a los diecisisite	257
El parpadeo eterno	261
Tinta verde	265
Qué hacer	269
Kipitok	275
Corazón de perro	279
10/10/10	287



Para Soña



Gloria al que abraza con temblor.

CARMEN CAMACHO

¿Qué necesidad tenía de escribir
novelas si ya era tan atractivo?

RAFAEL REIG

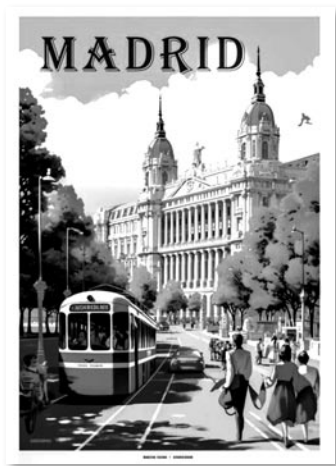
El ángel de la guarda le susurró a Fabián, por
detrás del hombro:

—¡Cuidado, Fabián! Está dispuesto que mueras en cuanto pronuncies la palabra zangolotino.

—¿Zangolotino? —pregunta Fabián azorado.
Y muere.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

I. CAPITAL DE LA GLORIA



El ruso de Simago

—**S**AMOLET.

—*Samaliot*. Se escribe *samolet* pero se dice *samaliot*.

—Pues sí que empezamos bien.

Antes de que yo naciera, mi padre le enseñaba ruso a mi madre. Vivíamos en la Glorieta de Embajadores, en el 7º B del edificio de Simago, un supermercado que ya solo recuerdan los que se acercan, como yo, a la cincuenta. En esa época no había otro establecimiento similar en la zona y sus enormes letras rojas, en el chaflán y en la azotea, eran una referencia obligada para taxistas, carteros y —en mi imaginación infantil— pilotos y extraterrestres, que sin duda veían el rótulo iluminado por las noches desde sus naves espaciales. Para mis compañeros del colegio y amigos del barrio yo siempre fui el ruso de Simago. Durante los quince años que coincidimos en vida, mi padre, Román Perkovski, me habló únicamente en su lengua materna y convivimos en un bilingüismo natural que, con los años, habría de salvarme la vida.

Solo mucho tiempo después de su muerte, que tuvo lugar en el febrero helador de 1983, mi madre comenzó a pronunciar palabras o frases sueltas de las que había aprendido, primero con él y después en nuestras conversaciones: *samaliot*, *cháinik*, *grom*, como si de ese modo —con un avión, una tetera y un trueno— pusiera a salvo en su cabeza algunos destellos del que sin duda fue el gran amor de su vida.

Yo he necesitado muchos años para llegar a la conclusión de que el de mis padres fue un gran amor porque, visto tan de cerca y desde los ojos de un niño que empezaba a hacerse mayor cuando la enfermedad los separó, había muy poca épica en aquella vida tranquila del último piso de la casa de Simago. Tranquila y algo diferente a la vida de mis amigos y primos, eso es cierto, porque en lugar de ir al fútbol o ver dibujos animados (ni siquiera tuvimos televisor hasta entrados los ochenta) me sentaban a escuchar romanzas populares y arias de las óperas que había cantado mi abuelo Dimitri o a leer, en francés y en ruso, las novelas de la Comtesse de Ségur y los poemas de Lérmonov. Y yo, sin sufrir demasiado, esa es la pura verdad, me sentía distinto y quería también los cromos de Solo Moto y que la niña con la que compartía pupitre en 3º de EGB me hiciera caso.

Celia, más hermosa que ninguna con su melenita rubia y sus vestidos de nido de abeja, era, también, terca como una mula y me ignoró, sin maldad pero con firmeza, hasta que sus padres la llevaron a vivir a Zaragoza. Tuve que esperar cinco años, a punto de cumplir los catorce, para que Fuencisla, la chica de 8º más guapa y *desarrolladita*, decían las madres, me dijera el primer pipopo de mi vida.

Volvíamos del viaje de fin de curso en Mallorca y poco antes de llegar al colegio, donde nuestras familias nos esperaban con la consciencia de que a partir de ese verano ya iríamos solos al instituto y al resto de andanzas adolescentes, Guerra se marchó a la última fila del autobús, la de los malotes, a fumar a escondidas. Yo miraba por la ventanilla cómo Cibeles primero y Neptuno después anunciaban el final de la ciudad elegante y, con la aparición de Atocha —estúpidamente llamada Glorieta del Emperador Carlos V—, se abría un sur de Madrid que solo en estos últimos años se ha ido poniendo en valor. De golpe me sentí envuelto en la fragancia de Álvarez Gómez, la misma colonia que usaban mis primas de Aluche, y un leve giro hacia la derecha me bastó para quedar subsumido por la abrumadora Fuencisla. Me miró fijamente y después, durante unos segundos que me parecieron más largos que un recreo sin bocadillo, se miró el escote, se echó hacia atrás el pelo cobrizo y ondulado y con una voz nasal y muy firme —que no olvidaré jamás— me dijo:

—Qué ojos tan bonitos tienes, Perkovski...

Dudé (sin saber en ese momento que lo hacía, naturalmente) entre desmayarme o besarla y pedirle matrimonio, pero enseguida se incorporó para volver a su sitio y, antes de alejarse del todo, me miró fijamente y, apoyándose en el reposabrazos del asiento, terminó la frase susurrando:

—... qué pena que seas tan tonto.

A veces, gran amor

CON ESE PASADO SENTIMENTAL tan magro en aventuras como barroco en fantasías no es de extrañar que cuando Marisa me besó, cumplidos los quince, en un banco de la Glorieta de Embajadores, yo pensara que había llegado, por fin, el gran amor de mi vida. Tras una campaña electoral que nos había implicado emocionalmente a todos, fachas, rojos y apolíticos, Felipe González se proclamó esa noche presidente del gobierno y varios compañeros de clase fuimos a la Plaza Mayor a celebrar lo que se dio en llamar, durante años, la gran victoria de la izquierda. Regresamos tarde al barrio y, como por arte de magia, Solana, Benedicto, Paloma y Repila fueron desapareciendo por el camino hasta que me quedé solo con Marisa, que vivía algo más abajo de la glorieta.

—Te acompaño a casa.

—Me parece bien, Perkovski, pero nos podíamos fumar un último cigarrito en este banco antes de seguir —su manera de decir «cigarrito» me desarmaba por completo.

Apellidándome Perkovski era comprensible que nadie me llamara por mi nombre de pila (además en el instituto era lo normal entre chicos, mientras para las chicas se usaban los nombres de pila), pero yo echaba de menos que alguien tan dulce como ella me dijese Fabián.

—Podrías llamarme Fabián. Llevamos dos años yendo a clase juntos y siendo amigos.

—Es verdad.

—Y, si por mí fuera, más que amigos. Ya lo sabes.

—Mmm... ¿Primos?

—No te burles.

—Si por ti fuera, viviríamos en un koljós o en un kibutz y tendríamos ya dos hijos para darle a la revolución, lo sé.

Lo dijo riendo, divertida y sin la menor intención de ridiculizar mis ardores políticos, pero yo noté que me ponía colorado, no tanto por la burla ideológica como por la mención a una improbable descendencia común.

—Si ni siquiera nos hemos besado, Marisa. Eso ha sido cruel —intenté darle pena.

—Hoy nos vamos a besar, Perkovski. Tienes unos labios preciosos. Pero no me pidas más.

Tiró el Fortuna a medio fumar, me pasó su brazo derecho por encima del hombro y me besó como en las películas. Hacía biruji esa noche de octubre de 1982 entre el quiosco y la boca de metro, pero yo solo podía seguir disfrutando de ese momento de intensa felicidad, sin importarme si pasaría el resto de mi vida siendo Perkovski para ella o si al día siguiente había clase a las nueve.

Sus labios, como decía la canción, parecían de papel, pero lo que siempre me pareció el verdadero *pasaporte*

a la felicidad era su voz. Marisa hablaba desde algún lugar profundo, nada que ver con las voces de Celia o de Fuencisla, y treinta y muchos años después me doy cuenta de que todos los amores de mi vida han estado conectados a esa frecuencia de onda, al caudal sonoro que entra por los oídos y se instala en la memoria y el corazón, suponiendo que ambas cosas no sean la misma.

Nos desabrazamos con un leve temblor, tan atribuible al frío como a la emoción, sin apenas decirnos nada:

—Venga, vamos.

—Vamos.

Marisa y yo seguimos siendo amigos a partir de aquella noche histórica (para la joven democracia española y para mí) y ninguno de los dos necesitó pedirle nada más al otro. Muy de vez en cuando nos encontramos por el barrio y ella sigue igual de hermosa, con su deslumbrante melena negra y una familia feliz. Y yo, aun calvo y solo, le sigo debiendo esa memoria sonora que me ha permitido, sin necesidad de explicarlo demasiado, amarrarme al sueño del gran amor, siempre el mismo, siempre único, hasta hoy.

El origen del mundo

DIMITRI, VESTIDO con su mejor traje y la larga barba recién arreglada, esperó durante casi dos horas, sorteando pasajeros, maleteros y vendedores de periódicos, la llegada de Anna en la estación de tren de Ginebra. Recorrió mil veces el andén y aprovechó para repasar su papel de Ernani en la ópera de Verdi que iba a cantar en el Grand Théâtre. Él se había presentado con demasiada antelación y el tren de Berlín llegaba con algo de retraso. Gracias a la descripción de su alumna Zinaída se había imaginado a Anna, la hermana mayor, igual de rubia, más alta y vestida con bata blanca y fonendoscopio; sin embargo, al reconocerla —tenía los mismos ojos verde pera de agua y la misma sonrisa pícara, imposible de esquivar— le pareció más joven que Zina y sin la menor seña que hiciera pensar en toda una doctora en medicina. Ella se sorprendió mucho cuando la abordó tendiéndole un diminuto ramo de lilas:

—Anna Pávlovna, permítame presentarme. Soy Dimitri Waller, el profesor de canto de Zinaída. No ha

podido venir a buscarla y me ha pedido que la acompañe a su casa. ¿Puedo ayudarle con las maletas?

—¿Pero ella está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

—Está perfectamente. Es que anoche bailaba Isadora Duncan en Niza y varios amigos han ido a verla. ¡Dicen que es una diosa, lo nunca visto en la danza!

De esta manera accidental se conocieron Dimitri Waller y Anna Perkóvskaya en la estación de Ginebra una fresca mañana de mayo del año 1905. No llegaron a abrazarse en aquel primer encuentro pero al rozarse los dedos con las flores los dos sintieron algo parecido a un temblor.

EL GENERAL Pável Perkovski, jovial, barrigón y con enormes patillas rubias, era el encargado de la intendencia del Palacio de Invierno en San Petersburgo. Todos los militares de su rango se distinguían por una severa actitud ante cualquier asunto y una vehemente disposición a dar la vida por el zar y su familia, la fe ortodoxa y la patria imperial; a Perkovski algunos lo miraban con recelo por su indesmayable costumbre de contar anécdotas, reír estrepitosamente y canturrear en toda circunstancia. El zar Nicolás II, que había sido compañero de promoción en la academia de Krásnoie Seló, estaba convencido de que la gastronomía y el confort de la corte debían estar a cargo de un epicúreo como él, no por ello menos fiel a la causa de los Románov, de modo que nunca aceptó la posibilidad de excluirlo de su Estado Mayor.

La guerra contra Japón y los disturbios que culminaron en enero de 1905 con la llamada Revolución burguesa

hicieron temblar los cimientos de la buena sociedad rusa. Perkovski, como muchos otros, quiso alejar a su familia de cualquier peligro y mandó a su hija pequeña a estudiar danza al Conservatorio de Ginebra. La mayor, Anna, tenía aún por delante un año para terminar la carrera de Medicina y no quiso ni discutir sobre la posibilidad de abandonar sus estudios. Negociaron que al final del curso siguiente se iría unos meses a ver a Zina a Ginebra y cuando las cosas se serenaran volverían y se instalarían cerca del padre para no dejarlo, además de viudo, solo entre reyes, popes y compañeros de armas.

Doce años después, cuando estalló la Revolución de Octubre de 1917, Zina vivía en París, se había divorciado ya dos veces y tenía una escuela de danza con Isadora Duncan. Anna y Dimitri vivían en Niza y practicaban una peculiar vida bohemia y algo mística, rodeados de militares fugados de varias guerras y artistas entregados a la nostalgia de una Rusia a la que no habrían de volver jamás. Cuando, un año más tarde, se firmó el armisticio de 1918 en una Francia devastada, lejos de plantearse el regreso, la mayoría de aquellos rusos, declarados apátridas, solo pudieron elegir entre Holanda y España como destinos de deportación.

Así fue como Anna y Dimitri aparecieron en San Sebastián una ventosa tarde de enero de 1919.

EN LAS ARIAS Y ROMANZAS que cantaba Dimitri y en el imaginario colectivo de los rusos desde tiempos de Pushkin, España era un paraíso romántico de naranjas, patios llenos de flores, mantillas y peinetas adornando a her-

mosas mujeres de pelo muy negro que suspiraban, derretidas de amor, por unos bravos bandoleros de pañuelo a la cabeza y trabuco en mano. Sin embargo, la impresión que obtuvieron de la playa de La Concha fue muy otra, desierta y azotada por un vendaval que más recordaba a las orillas del Báltico que a las estampas andaluzas de los grabados de Gustave Doré. Ni eso ni la ausencia de documentación, salvo los títulos de canto y piano del conservatorio de Ginebra, los echaron atrás en su idea de gozar de un país tropical mientras se aclaraba la situación de Rusia y decidían si volver al Petrogrado de los Perkovski o al Gersón natal de los Waller.

Las noticias de Rusia, sobre el destino del general Perkovski y del resto de familiares, eran confusas cuando no inexistentes, aunque nunca llegaron a tener constancia de una tragedia concreta. De vez en cuando llegaban cartas de primos que se iban instalando en Canadá o Estados Unidos. Durante unos años Anna y Dimitri disfrutaron de la costa vasca, los baños termales de Cestona y las excursiones a los montes cercanos.

Antes de que acabara 1919 nació Román Dimítrievich, y poco tiempo después tuvo lugar el golpe de estado de septiembre de 1923 que inauguró la dictadura de Primo de Rivera. Atrás quedaron los años de bohemia a orillas del lago Léman en los que Dimitri llegó a compartir tertulia con un joven Lenin —cuando aún firmaba sus artículos como Ílin Zhenevski, el ginebrino—, estudiaba en el conservatorio y cantaba por la noche en cafés frecuentados por personajes como lady Whatski, que opositaba al trono de Mata-Hari, o Albert Cohen, en aquel entonces estudiante de Derecho y, con los años, autor de *Bella del Señor*.

Atrás quedó también la esperanzada zozobra de aquellos apátridas forzosos que habían encontrado en el sur de Francia un refugio cosmopolita durante la Primera Guerra Mundial. Para los Waller-Perkovski, mis abuelos rusos, empezaban los poco gloriosos años veinte que, tres o cuatro lustros más tarde, habrían de recordar con nostalgia.

Aibolit

HE TENIDO QUE VOLVER al médico porque ya hace semanas —más bien meses— que me arde la boca. Nunca me había sucedido algo así; un día, de repente, noté un picor en la punta de la lengua y después un ardor que se iba moviendo como las masas de aire de colores en los pronósticos del tiempo que dan en televisión. Como si se me estuviera quemando la boca. Detesto moderadamente los hospitales (a casi nadie le gustan, ya lo sé) pero me consuelo pensando que es como cuando voy a un entierro, que al menos hasta ahora siempre he acabado saliendo del cementerio. Y he decidido no esperar más porque lo que empezó siendo una simple molestia ha terminado por convertirse en una obsesión. No soy nada hipocondríaco pero, como de vez en cuando me fumo un puro, pensé inmediatamente en el clásico y maldito cáncer. Es cierto que el picor no me afecta cuando como ni cuando duermo, pero el resto del tiempo me resulta imposible no pensar en la lengua. Pica, escuece y a ratos siento que cambia

de temperatura, como si tuviera vida propia. No puedo decir que se trate de un dolor concreto pero ha terminado siendo una molestia importante.

La doctora Navarrete me escuchó con gran atención mientras le explicaba todos estos síntomas hace casi un mes y después me acompañó a que me hicieran un cultivo. Aprendí la palabra «torunda» para el palillo algodonado con el que recogen la saliva en el laboratorio. También me insistió en que no parecía ninguna de las infecciones que había visto en internet y me pidió que esperase a estos resultados para establecer un diagnóstico fiable.

Ahora, pasadas las fiestas de San Isidro 2017, ha vuelto a recibirme con su paciente sonrisa y, con los resultados del cultivo en una mano y el resto de mis análisis en otra, me ha dicho, amable pero firme:

—Ni cáncer de lengua ni enfermedad de transmisión sexual ni infección de ninguna clase, Fabián. Tú lo que tienes es estrés y te toca descansar.

—¿Estrés? Pero doctora, si tengo la vida más monótona del mundo. Gracias por sugerir la posibilidad de una ETS, lo tomo como un piropo, pero no veo riesgo de contagio ni en la tele. ¡Tengo menos vida sexual que un gato de escayola!

—Fabián, que nos conocemos desde hace años. Tú somatizas a la velocidad de la luz. Hay algo en tu vida que no te está gustando nada y tu organismo te está avisando. La lengua es un órgano muy sensible y a veces actúa como alarma. La lengua es un termómetro de emociones.

—¿Y qué puedo tomar? Es muy molesto, a ratos insoportable.

—Mira, lo mejor que puedes tomar es el sol. Y unas cañas mientras lees un libro. O irte a Zanzíbar, no sé. Lo que más te relaje. Pero la solución te la tienes que buscar tú.

PARA SER DESCENDIENTE del famoso pintor renacentista Navarrete *el Mudo*, mi doctora es más que locuaz. La mención a Zanzíbar me ha hecho pensar en *Dóktor Aibolit*, uno de los cuentos rusos en verso que me leía mi padre antes de acostarme. Podía haber dicho Kenia o Etiopía pero no, ha dicho Zanzíbar y de golpe he recordado las inconfundibles ilustraciones del médico de mejillas sonrosadas con bata y fonendoscopio, el pirata Barmaléi, el obeso cocodrilo verde y el grito de guerra con el que acababan las estrofas de Kornéi Chukovski: «Lim-po-pó, Lim-po-pó...». Me gustaría contárselo a la doctora pero ha abierto ya la puerta de la consulta y veo a una docena de familias con niños esperando, de modo que me guardo el fogonazo de nostalgia y me limito a darle las gracias.

Es estupendo cuando hay confianza entre médico y paciente y la comunicación fluye como entre amigos aunque yo, la verdad, habría preferido salir con una solución precisa. A la doctora Navarrete no le puedo pedir más: fue una de mis primeras clientas cuando abrí la agencia y a su fidelidad viajera añade una paciencia infinita; a pesar de ser oncóloga infantil me deja preguntarle cualquier duda y me ha resuelto algunas preocupaciones y un par de dolencias concretas en los últimos quince años. Así que no me queda más remedio que hacerle caso y

comienzo mi terapia renunciando al autobús 27 que me devolvería directo a la Glorieta de Embajadores.

El paseo desde su consulta junto a la Castellana me lleva cincuenta morosos minutos en los que me reconcilio con los símbolos de un Madrid que, de puro familiar, a veces me sorprende. Encuentro descomunal la bandera que ondea en Colón y la fachada de la Biblioteca Nacional me parece más clara que de costumbre. Al ver que han empezado a desmontar las casetas de la feria del libro antiguo de Recoletos me pregunto cuántos años hace que no la piso; a la ida podía haberme fijado desde la ventanilla del autobús, pero iba leyendo los correos en el móvil y no he prestado la menor atención. Cibeles y Neptuno me parecen más pequeños que antes —*antes* es un enorme espacio temporal donde puedo tener ocho, quince o treinta años— y de forma instintiva y algo estúpida me yergo mientras me digo que tengo que andar más derecho si no quiero que acabe doliéndome la espalda como a casi todas las personas mayores. No me considero aún viejo, voy a cumplir cincuenta años en poco más de dos meses y los ventanales del hotel Nacional me devuelven a un tipo conocido que no me da mala impresión pero al que, además de pelo, le falta algo. O quizá le sobra.

Las almas muertas

ANTES DE ENTRAR a la agencia compruebo horrorizado a través del primer ventanal, el que da a la Ronda de Valencia, que Auxi está charlando animadamente con el padre Arturo, el entusiasta cura obeso con el que, según ella, «nos ha venido Dios a ver». Es cierto que por segundo año consecutivo nos ha traído varios grupos de feligreses, de su parroquia y otras cercanas, con los que ha viajado a Rusia, Este de Europa, Israel y hasta Vietnam; con Cuba no se ha atrevido todavía, y eso que le hemos insistido en que además de ayudar a restituir su fe a los antillanos podrían pasárselo bien bailando, bebiendo mojitos y fumando habanos. Pero el gran Arturo es un hombre morigerado que se conforma con no pagar su billete y viajar gratis a lugares en los que «los regímenes totalitarios», como él los llama, ya han desaparecido. Le tengo simpatía pese a su obstinado anticomunismo, que me parece bienintencionado y solo fruto de la ignorancia que se perpetúa en las iglesias, catecismos y algunas familias; su pesadez, sin embargo, me desarma y prefiero que se inmoles Auxi mien-

tras yo me tomo un café y un pincho de tortilla en el bar Pipó, justo enfrente. De esta manera recuperaré fuerzas, evitaré con un poco de suerte el encuentro sacerdotal y podré trabajar el resto de la mañana tranquilo. Y si mi doctora no miente, a salvo del cáncer de lengua que me iba a dejar mudo y, poco después, prematuramente muerto. No puedo desperdiciar un gran día como este dejándome taladrar los oídos por el curita incontinente y viajero.

Desde niño he venido a merendar a Pipó con mi padre algunas tardes (sándwich mixto y bitter Kas), con el paso de los años al ritual del aperitivo y, últimamente, al almuerzo de media mañana. Es el bar perfecto, además, para cruzar a tomar algo a cualquier hora con los clientes que lo necesitan o lo merecen. Tomás y Rita, los dueños, se jubilaron hace años pero su hijo Susín, que es de mi quinta, lo regenta con idéntica mano maestra y algo más de sensibilidad progre. Desde que él se ocupa tienen, además de los diarios deportivos, *El País*, que me sigue gustando ojear.

La tortilla y el café se me acaban al mismo tiempo que la sección de Cultura, y voy a cerrar el periódico antes de llegar a la de Economía, que me produce repelús, cuando el nombre de Bruno Picazo Serón me salta a los ojos. En negrita y mayúsculas, su nombre protagoniza una de las pocas esquelas del diario con el que echamos los dientes los de mi generación, cuando aún no sabíamos que los *hipsters* y los *millennials* nos llamarían *boomers* por haber nacido en los sesenta.

¿Bruno, mi amigo y camarada de la juventud, muerto?

Me siento de nuevo en el taburete del que ya me iba, respiro hondo y releo con toda la calma de la que soy

capaz: «La familia Picazo Serón y la Fundación PRIAPIS comunican el fallecimiento de su hijo y presidente-fundador, Bruno Picazo Serón, a los cincuenta años de edad. El entierro tendrá lugar hoy martes 16 de mayo a las 13 horas en la Sacramental de San Justo, Paseo de la Ermita del Santo, 70».

—Susín, ponme un chispazo de vodka, anda.

—¿Estás bien?

—No. Estoy temblando, mira —y le enseño mi mano derecha, que no se agita demasiado pero a mí me resulta impresionante en su blancura—. Se me ha muerto un amigo de toda la vida.

—¿Del barrio?

Niego con la cabeza y Susín no dice más; vuelve con una copa que no me conviene pero que me parece el mínimo gesto ante semejante noticia. Bruno, el amigo al que admiré y con quien pasé seis años de residencia universitaria, muerto.

Del pasado hay que hacer añicos

RECORRO EN SILENCIO el trayecto hasta el cementerio. El taxi rueda lento, resignado a un tráfico espeso que me permite contemplar el dudoso Pasillo Verde que convirtió en habitable lo que en mi infancia solo eran descampados, fábricas y alguna que otra casa baja. Del Campo del Gas, donde jugábamos de niños y donde en una época hubo combates de boxeo y hasta lucha libre de mujeres en barro, solo queda la antigua chimenea en medio de un parque infantil. En el solar de la fábrica de cervezas Mahou, entre el Paseo Imperial y el de Pontones, apenas hay alguna grúa parada pero ninguna actividad. El Paseo de los Melancólicos hoy no puede hacer más honor a su nombre, con el viejo estadio del Atleti como única referencia de un mundo en extinción y con el que tal vez se encuentre Bruno en el más allá. Desde el puente de San Isidro el Manzanares me parece un río dibujado para la ocasión, acaso por un imitador de Antonio López, dema-

siado perfectos los contornos, como las aldeas del mariscal Potemkin en la Rusia zarista.

—Se escribe *Potemkin* pero se dice *Patiómkin*.

—Pues aquí ha sido *Potenkín* toda la vida.

El gran precursor de la escenografía política y valido de Catalina la Grande mandaba pintar enormes decorados, como los que se utilizan en los teatros, para tapar la miseria de los poblados por los que pasaba la comitiva imperial. De este modo evitaba que la emperatriz —a la que cabe imaginar algo miope además de hedonista y vanidosa— se horrorizara al ver el estado real en que vivía la gente fuera de sus palacios.

YO NO ESPERABA nada en concreto porque no había tenido tiempo de hacerme a la idea de asistir al sepelio del que fuera mi gran amigo de juventud, pero me sorprende la poca cantidad de gente y la casi total ausencia de caras conocidas. La ceremonia tiene lugar ante un muro de nichos cerca de las tumbas del poeta Manuel Altolaguirre y de Anita Delgado, emperatriz de Kapurthala; está hablando un hombre mayor al que no reconozco y apenas oigo y enseguida empieza el trámite de introducir el ataúd de Bruno, sin banderas ni crucifijo ni símbolos de ninguna clase, en un nicho. Nunca imaginé cómo serían nuestros entierros pero se me hace raro no ver al menos una bandera roja y que nadie cante *La Internacional* en un momento tan solemne; ni siquiera hay unos claveles rojos. Al pie del nicho hay dos coronas convencionales firmadas por la misma empresa de la esquila, PRIAPIS. Ni hoces, ni martillos ni estrellas.

Me acerco a Cuco pero apenas nos damos la mano; lo encuentro desencajado y ausente. Me asombra un poco que él no se sorprenda al verme, como si nos hubiéramos seguido viendo todos los días. No consigo saludar al padre de Bruno porque otros ancianos se apresuran a llevárselo y renuncio a acercarme a la que imagino su viuda, devastada por el dolor y abrazada a una niña de unos ocho años, muy pálida, impávida y como de otro planeta. Tampoco reconozco a ninguno de nuestros amigos comunes pero veo a Guada, inconfundible, abrazada a la madre de Bruno.

Debe pesar el triple que cuando la vi por última vez y su abundante pelo rizado está casi blanco pero sus manchas en la cara permanecen, quizá algo más tenues, distinguiéndola siempre de los demás. Me quedo pensando en cómo ha envejecido la prima pequeña de Bruno, pizpireta y entusiasta; cuando ella me descubre, me mira con los ojos muy abiertos, se separa de su tía y viene hacia mí.

—¡Ay, Fabián, qué alegría... y qué pena! —alcanza a decir mientras rompe en sollozos y se me abraza con fuerza—. ¿Te das cuenta? ¡Bruno muerto, justo ahora que acababa de cumplir cincuenta años!

—El 13 de mayo, ¿no? Me acuerdo...

—Por eso vino a Madrid, para celebrarlo con sus padres, que están tan mayores, y mira: un infarto fulminante. Con esa hija tan pequeña y con toda la ilusión que le hacía lo de Artefa.

—¿Qué es Artefa? ¿No es el pueblo de Carmen La Reina?

—¿Pero tú no lees *vivalaprepa*?

—¿Viva la prepa...? No sé de qué me hablas.

Guada empieza a hablar pero Cuco se la lleva del brazo y veo que caminan hacia el grupo familiar, dirigiéndose a la salida. Me quedo un rato en el mismo lugar contemplando cómo los operarios terminan de cementar la pequeña lápida sobre el nicho y me pregunto si no hay ningún viejo camarada más o si no lo habré reconocido a causa del devastador paso del tiempo.

La visión de las coronas fúnebres me ha hecho pensar en el relato del entierro del padre de Aitana, cuando era niña, en un pueblo del norte de Alemania. Ella me contó, quizá la única vez que la vi llorar, cómo le dolió ese gesto formal para despedir a un hombre que era, al menos en su cabeza, todo lo contrario: música, claveles, risas. La lengua ha dejado de picarme y tengo la sensación de estar flotando, como si todo mi cuerpo fuera de goma. Echo a andar hacia la puerta del cementerio, tarareando los compases del himno con el que cerrábamos todos los actos, manifestaciones y fiestas en nuestra juventud. *La tierra será paraíso, patria de la humanidad*. Me parece escuchar la versión de casete, con los típicos ruidos de las cintas que se usaban en los ochenta. Y superpuesta, la voz algo aflautada pero siempre enérgica del primer Bruno, el que conocí en enero de 1984 en el Palacio de los Deportes de Madrid, vuelve a mi memoria mientras camino de vuelta a la agencia: «Cuando tú y yo cumplamos los cincuenta, la Revolución tendrá cien años y toda Europa será roja».